

S.L.C.
48-15

1908



21015145

18.7.1868
S.L.C.4
48-15
Caja 4
15

SERMON

DE ACCION DE GRACIAS AL TODOPODEROSO

POR LA DESECACION

DE LAS MORTÍFERAS LAGUNAS TITULADAS

LOS TERREROS.

*Le predicó en la Parroquial de Santiago de Ciudad-Real, por encargo del
Ilustre Ayuntamiento,*

EL 26 DE JULIO DEL AÑO DE 1868.

Don José María Coledano,

PREDICADOR DE S. M., CABALLERO COMENDADOR DE LA REAL Y DISTINGUIDA
ORDEN DE CARLOS III, INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA,
Y CURA PROPIO DE AQUELLA SANTA IGLESIA.

Le dá á luz el Ilustre Ayuntamiento de esta Capital.

CON SUPERIOR PERMISO.

R. 1355A



CIUDAD-REAL.—1868.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE CAYETANO CLEMENTE RUBISCO,
Calatrava, 12.

SERMON

DE ACCION DE GRACIAS AL TODOPODEROSO

POR LA PERSECUCION

DE LAS MORTUAS LAGUNAS TITULADAS

LOS TERREROS

EL 20 DE JULIO DEL AÑO DE 1868

Don José María Colón



Te Deum laudamus.

A tí Dios alabamos.

Himno de S. Ambrosio.

Benedicam Dominum in omni tempore: semper laus ejus in ore meo.

Bendeciré al Señor en todo tiempo: su alabanza siempre en mi boca.

Salmo 33, v. 1.

Beatus vir qui intelligit super egenum et pauperem: in die malo liberavit eum Dominus.

Bienaventurado el varon que entiende sobre el necesitado y el pobre: en el dia malo librarle há el Señor.

Salmo 40, v. 2.

Excmo. Sr.:

Ilustre Ayuntamiento, Católico auditorio: Tengo que comunicaros una gran noticia: las mortíferas lagunas tituladas *Los Terreros*, que tantas víctimas nos han causado, á la Ciudad en general, y en particular á los habitantes de este mi pobre barrio de Santiago, tan pobre como querido, ya no existen: han desaparecido; y al anunciaros yo, esta para nosotros muy grata nueva, desde este lugar, desde la Cátedra Sagrada, de la manera más pública y solemne que puede hacerse, permitid ¡oh Católicos! ante todo, que levante mis manos al Cielo para decir á Aquel que es el autor de todo bien: *sin duda alguna, Señor, que Vos habeis hecho esto.* «Y porque así lo creo con fé viva, os bendeciré,

Señor, en todo tiempo, y jamás la alabanza se caerá de mi boca.» Sí, mis amados, procede la accion de gracias. Bendigamos á Dios, y alabemos á Dios con toda la efusion de nuestra alma. *Te Deum laudamus..... Benedicam Dominum in omni témpore: semper laus ejus in ore meo.*

Primero á Dios, y luego despues á los hombres. Por las misericordias del Señor han existido, y aun existen muchos en este valle de lágrimas, que á imitacion de Aquel que pasó por la tierra haciendo bien, por la tierra han pasado, siguiéndole en un todo sus pasos. ¡Oh cuántos y cuántos se registran en la historia! Despues de los Apóstoles y demás varones eminentes que le sucedieron en la predicacion del Evangelio, aparecen los fundadores todos de las Ordenes Religiosas, pero aun más especialmente los de la Redencion de cautivos, de Beneficencia y de Enseñanza, Félix de Valois, Pedro Nolasco, Juan de Dios, José de Calasanz, Vicente de Paul,..... en una palabra, todos los Santos: pasaron, y al pasar, alegraron la tierra y regocijaron el Cielo con el esplendor de sus virtudes. En todos los siglos y paises fecundados por el Cristianismo ha existido esta noble y Santa generacion, este linage de hombres que encontráran todas sus delicias en hacer bien. Nuestra Ciudad no está huérfana de ellos: más entre todos existe hoy, uno de público, que por lo agigantado de sus miras, descuella sobre los demás como la robusta encina entre la humilde lentisca. Quisiera pronunciar su nombre, pero no me atrevo; me está oyendo: lastimaria quizá su modestia. Por otro lado, en vano seria designarle con su nombre propio, cuando ese Caballero está siempre presente en nuestra memoria, como lo está dentro de nuestro corazon, por haber sido S. E. el que ha tomado la iniciativa, y no ha omitido diligencia alguna hasta acabar con aquella gran plaga que tanto nos afligia; hasta destruir aquel terrible foco de infeccion; hasta matar, en fin, al que nos quitaba la vida: *Los Terreros*. En verdad que ha sido el Señor, de donde procede todo lo bueno, el que le ha inspirado esta idea, alentado y dado despues la fuerza necesaria para realizarla, y porque así lo creo tambien con fé sincera, despues de Dios; «Bienaventurado aquel varon que entiende sobre el necesitado y el pobre: librarle há el Señor del dia malo.» *Beatus*

vir qui intelligit super egenum et pauperem: in die malo liberavit eum Dominus.

Sí, Católicos: Bendigamos á Dios y alabemos á Dios todos los habitantes de Ciudad-Real en este día: *todos*, desde el más grande al pequeño, desde el hombre á la mujer, desde el anciano al niño: *todos*, porque á todos nos alcanza el beneficio recibido: *todos*, porque ¿quien será de los hijos de nuestra Ciudad que no sienta latir su pecho de alegría en esta ocasion? ¿Quién será? Yo no le veo en ninguna parte, y no le veo porque no le hay. Si por desgracia le hubiera, ese infeliz, ese desdichado no sería hermano nuestro, ni aun casi sería hombre, porque sería un hombre sin entrañas. Pero, repito, que no le veo aquí ni fuera de aquí, porque aquí y fuera de aquí, yo no veo sino á miles de personas que bendicen á Dios y alaban á Dios por el grande acontecimiento que nos congrega hoy en este Santo Templo, y al hombre generoso que le ha llevado á feliz término. *Benedicam Dominum in omni tempore: etc.*

Católicos: no esperéis, no, de mí un discurso en este día tal, como yo, en mi pequeñez, suelo pronunciar alguna vez. Hasta imposible me parece coordinar hoy bien las ideas. Cuando los afectos son vehementes, no es la cabeza y sí el corazon el que principalmente funciona, y en mí no hay más que corazon en este día: apénas tengo ideas. Sin embargo, haré un esfuerzo para demostraros del mejor modo que pueda la proposicion siguiente. Escuchad: *La Iglesia, nuestra madre, que ha sido constantemente la causa eficaz de los más grandes sucesos que han ilustrado al mundo, se asocia hoy de buena voluntad á nuestro general regocijo al ver terminada una obra que tanto nos interesaba: es justa, pues, y saludable la accion de gracias que tributamos á Dios en este día por el beneficio recibido.* Unica proposicion que se desenvolverá despues espontáneamente en la parte ó partes que comprenderá muy bien vuestro criterio.

Señor, Tú, que alumbras la inteligencia del hombre con los destellos de tu luz eterna; Tú, que pones en su corazon la chispa eléctrica que le enciende en un fuego sagrado: yo imploro en este momento las suaves inspiraciones de tu gracia. Si mi ruego no es bastante digno para llegar á tu solio, yo te le presentaré por medio de la Virgen del Amor, que

acoge siempre las oraciones del alma, y que se asocia también de buena voluntad á todas las grandes obras de misericordia. Saludémosla, pues, diciendo: *Dios te salve, María.*

UNICA REFLEXION.

La Iglesia, nuestra madre, que salió del costado de Jesucristo, fuente del amor y de la caridad, se ha distinguido siempre por los beneficios que ha dispensado al género humano. Registrad sus anales, y vereis como do quiera que ha sido libre, la Iglesia, para ejercer su benéfica influencia, ha hecho el bien sin tasa ni medida, no solo en el órden religioso, que es el especial suyo, sino que ha sucedido lo propio en el político y civil; no solo en el espiritual ó interno, sino que ha realizado lo mismo en el estérno ó material. Parecía que la Iglesia tan solo debiera ocuparse del Cielo; y sin embargo, con sus entrañas de misericordia, también se ocupa de la tierra. Tan general es su amor al bien. Lo vamos á ver.

I.

¡Infeliz mundo, tierra desdichada! en verdad que era triste en demasía el cuadro que presentaban las sociedades antiguas poco ántes de la venida del Mesías. ¡Qué horror! Se habian degradado y envilecido hasta rasgar su forma primitiva. La Religion carecia de Dios, la moral de base, las leyes de sancion, las pasiones de freno, las costumbres de pudor; y todo era crueldad, fiereza, ignorancia, barbarie, tiranía y opresion sin fin. Con semejantes elementos, el mundo, el género humano agonizaba, perecia, falto ya en sus ramas y tronco, de aquella sávia divina que lo rejuvenece y dá la vida. ¡Infeliz mundo, tierra desdichada!

Pues bien: en esta época fué cuando se presentó Jesús en medio de las gentes, como un sol entre las tinieblas; predica y dá el ejemplo, dice y obra, hace milagros: y el mundo, como que despierta de un letargo, aparece á la vida y cambia de aspecto. Y es de advertir, católicos, que

el mundo en aquella época había oído á Pitágoras, á Sócrates, á Platon y á todos los filósofos más célebres del gentilismo; pero jamás había oído una doctrina semejante, tan sublime, tan santa, tan benéfica; y apesar de la contradicción en que se hallaba con las costumbres de entónces, el mundo la oía benévolo. ¡Qué sermones los de la Montaña y Nazaret en que descubrió ya el Señor los fundamentos de su religion! *Bienaventurados*, dijo, entre otras cosas, *los pobres, los que lloran, los que padecen*, (que eran las noventa y nueve centésimas partes del linage humano); *alegraos y regocijaos, porque hé aquí que se acerca el año de las gracias del Señor y el dia de la retribucion*. (1) Bien se podía asegurar al oírle que el reinado de la paz y de la justicia no estaba lejos; que la tierra se iba á poblar de otras gentes, y que aquel *jam nova progenies* del poeta romano comenzaba á ser una verdad. Así lo había predicho antes Isaias. (2) *Decid á los afligidos*, vaticinó aquel egregio Profeta, *á los que tienen el corazon oprimido por grandes calamidades, que alienten y se fortifiquen*; porque hé aquí que viene el Señor y los salvará: y así lo hizo, ¿pero cómo? por el ministerio de su Iglesia. Oid, oid.

Acabo de decir, Señores, que las naciones todas poco ántes de la venida del Mesías, se agitaban en el caos; no eran felices; no lo eran, ni podían serlo, porque los tres principales elementos de que se forma la vida íntima de un estado, la *constitucion*, las *leyes* y las *costumbres* estaban falseados: no espresaban bien las justas y recíprocas relaciones que deben existir siempre entre las dos altas partes contratantes: no eran verdad, y sobre la mentira nada bueno puede fundarse. *La constitucion*, por medio del poder público, lo era todo, lo abservia todo; el individuo, y la familia poco ó nada significaban; y la verdadera constitucion de un Estado, no es esto, sino algo mejor que esto. *Las leyes*, no eran otra cosa que la expresion de la voluntad de uno ó muchos, tal vez un capricho, quizá una iniquidad; y las leyes no son esto, sino algo mejor que esto. *Las costumbres*, las más puras, un cálculo; y las costumbres no son esto, sino algo mejor que esto.

(1) Mateo 5, 2. Lúcas 4, 18.

(2) Isaias 35, 4.

De aquí aquella superabundancia del poder público que hacia de los pueblos una máquina, una potencia meramente pasiva que dirigia á su antojo hasta arrojarles alguna vez en la arena del anfiteatro para que le divirtiera, matándose. *Casar, morituri te salutant*. De aquí aquellas leyes sin entrañas, el *jus vitæ necis*, por el que el gefe de una familia podia disponer de ellas á mansalva, hasta el exterminio. De aquí las torpes licencias del teatro y los sangrientos espectáculos del circo. Y si tal era la situacion de un Estado considerado en sí mismo, calculad lo que seria en sus relaciones con los demás Estados. *Væ victis*: ved aquí reasumido en una sola frase todo lo que era entónces el derecho internacional ó de gentes. *Væ victis* ¡Ay de los vencidos! *Hostes possumus occidere, ergo possumos reducere eos in servitutum. Nec opus est captivis et per ludibrium configebantur*. Y esto en la nación más culta de todas. De aquí, pues, el malestar de las sociedades antiguas en que nada se respetaba, ni la vida, ni la hacienda, ni el honor; no eran felices, no podian serlo, porque los tres principales elementos de que se forma la vida íntima de un Estado, estaban falseados: no eran verdad....

¿Quién hizo que lo fueran? ¿Quién mejoró la faz del mundo? ¿Quién hizo hasta apetecible la mansion del hombre en la tierra, cuanto es posible que lo sea en la region del dolor? ¿Quién, sino, Jesucristo, primeramente, y despues de Jesucristo, los Apóstoles, los Papas, los Obispos...., lo diré tambien en una palabra que lo comprenda todo, *la Iglesia cristiana*. La Iglesia, que ha sido constantemente desde aquellos tiempos la fiel depositaria y dispensadora de la doctrina de Aquel que en sus frecuentes apariciones á sus discípulos, los saludaba siempre de continuo con aquellas tan consoladoras palabras: *Pax vobis, pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis. Filioli mei, diligite alterutrum*. (1) La Iglesia, que no ha perdonado medio, trabajo ni diligencia alguna hasta conseguir de las sociedades que se reorganizáran sobre las bases de un poder emanado de Dios, y en virtud del cual debian dictar sus disposiciones: *per me reger regnant*. (2) La Iglesia, que con su iniciativa ha sido la que las ha dotado, de leyes justas y benéficas, fundadas sobre el derecho na-

(1) S. Joan 3, 11.

(2) Prov. 8, 15.

tural y positivo, y no precisamente sobre la voluntad ó capricho de los hombre; *quia lex á ligando*, y solo Dios puede ligar. Así como igualmente ha sido la que las ha dado la verdadera regla de las costumbres, sin las que las leyes de poco ó nada servirían, segun aquel tan sabido aforismo de los jurisperitos: *¿Quid leges sine moribus?* Y luego, como consecuencia necesaria de estas premisas, la Iglesia fué asimismo la autora principal de un nuevo derecho de gentes que hizo hasta sagrada la persona de los prisioneros, la que ha abolido la esclavitud, emancipado la mujer, formado la familia, instituido la beneficencia pública, y derramado, en fin, tantos beneficios, como necesidades habia que socorrer. Y así es, que los pueblos regidos por el cristianismo, y en donde el cristianismo es verdad, los representantes del poder público, sea uno ó muchos, ya no son los árbitros de la vida y hacienda de los ciudadanos, sino sus padres ó tutores. *Ego constitui te Regem ut facias iudicium et iusticiam.* (1) Ni las leyes son ya la expresion de la voluntad de uno ó muchos, sino las ordenaciones de la razon dirigidas al bien comun y promulgadas por Aquel que tiene á su cargo una comunidad. *Ordinatio rationis*, etc. Ni las costumbres, las mejores, un cálculo, sino actos esencialmente buenos que se deben referir á Dios de donde todo procede, *quia nihil bonum nisi á Deo*. Quiero decir, católicos, que la Iglesia, «nuestra madre, que salió del costado del Redentor, ha sido la causa eficaz de todos los más grandes sucesos que han ilustrado al mundo; la que ha mejorado nuestra condicion en todos sus órdenes, no solo en el religioso, que es el especial suyo, sino que ha sucedido lo propio en el político, civil y social;» y que de ella brotó á su tiempo, como de fuente legítima, nuestra actual civilizacion, la cristiana, la única verdadera, porque así como no hay más que una línea recta que parta de un punto á otro, así no hay ni puede haber más que una civilizacion. Pero nos contraeremos todavía un poco más á la materia que ahora nos ocupa.

(1) Paralip. 9, 1.

II.

Parecia, Señores, que la Iglesia, diré aun otra vez, cuyo principal objeto es el de franquearnos las puertas del Paraiso, que se nos cerraron por el pecado, tan solo debia ocuparse del Cielo, y lo cierto es que tambien se ocupa de la tierra. Si nuestros primeros padres Adan y Eva hubieran permanecido siempre fieles al único precepto que el Señor les impuso, la tierra hubiera continuado siempre siendo para ellos lo que fué en un principio, un Edem temporal, hasta que le hubieran dejado sin pena ni quebranto alguno por el eterno. No lo hicieron así; pecaron, y miles de desgracias vinieron sobre ellos. ¡Ay! y sobre sus descendientes. Pero aun en el estado de la naturaleza caída, aun puede el hombre levantarse y ser feliz, con tal que no pierda nunca de vista su fin último. La Iglesia no se opone; lejos de eso, ella y nadie más que ella ha sido la que nos ha procurado siempre la mayor suma de felicidad posible, aun la física y material, que no contradice, sino que por el contrario nos la proporciona, facilita y ayuda, segun aquella sentencia del Evangelio. *Querite primum regnum Dei*, etc. (1)

Así consta de la historia. Consultad sino aquel gran libro en donde se hallan consignados los hechos más notables del mundo. Deteneos despues de la época de Constantino en los siglos de la edad media que le siguieron: estudiadles, examinadles bien, y decidme. ¿Qué hubiera sido de la Europa si á la caída del Coloso de Occidente, cuando los bárbaros del Norte, sedientos de sangre y de placeres, se derramaron por do quiera, destruyéndolo y arruinándolo todo, si la Iglesia no se les hubiera opuesto, como se opone siempre la Iglesia, esto es, con caridad y templanza, por medio de sus Papas, de sus Obispos y sus Monges? ¿Ignorais, acaso, que un Papa fué el que detuvo las iras del feroz Atila, que cien pueblos no pudieron contener? ¿Y que fué un Obispo el que convirtió al Sicambro Clodoveo, cuna y origen de los Reyes más ilustres de la Europa central? ¿Y que fué un Monge el que estableció en Occidente la vida del campo, religiosa y agrícola al mismo tiempo, en aquellos siglos de barbarie, disipacion y vagancia? ¿Y que á los S. Leon el

(1) San Mateo, cap. 6.º

Grande, San Remigio Obispo de Reims, y al Abad San Benito, le siguieron otros Papas, otros Obispos y otros Monges de igual celo y fervor por el bien de los pueblos?

Los Papas, los Obispos, los Monges. Nos fijaremos ahora por un momento en los últimos, por la especial relacion que dicen, con el objeto que nos congrega hoy en este Santo Templo.

¡Los Monges! ¿Quiénes, sino ellos, fueron los que en la época de que estamos hablando, la de la inundacion de los bárbaros, no solo salvaron en sus Monasterios de aquellas turbias y cenagosas aguas los restos del genio romano, y cultivaron las ciencias, alimentaron las artes, fomentaron las letras y escribieron ó rectificaron la historia, sino que tambien fueron además los que desmontaron terrenos incultos, *desecaron pantanos*, construyeron calzadas, encauzaron rios, levantaron puentes y poblaron los desiertos, teniendo que luchar muchas veces para ello con las asperezas del terreno, y aun con las fieras de que estaban cubiertos? No de otra manera me parece á mí que debieron hacerlo los primeros pobladores del mundo despues del diluvio, para devolver el globo desfigurado á su forma primitiva; y en verdad que una especie de diluvio fué la inundacion de los bárbaros. Los inmensos bosques de Italia, Francia, Alemania, Inglaterra y España, ellos les poblaron, y con sus manos les cultivaron, haciéndoles feraces y productivos de infecundos y nocivos que eran. Sus tierras, dice un distinguido escritor contemporáneo nuestro, (1) eran las mejor labradas, sus colonos los ménos recargados, sus selvas las más frondosas, y en ninguna parte floreció más la agricultura que en las posesiones y contornos de los Monasterios y Abadías. ¡Qué fundaciones aquellas tan admirables! Monte Casino, Cluni, Valleumbrosa, Grenoble, Sahagun, el Paular, S. Pedro de Cardena... jamás se borrarán de la memoria de los hombres profundamente pensadores y benéficos.

¡Ah, señores! cuál se recrea el ánimo y dilata el corazon al ver cómo se levantaba en aquellos tiempos en el centro de un valle una magnífica Cartuja. Sus propiedades á poco tiempo eran muchas, sus rentas crecidas, sus campos feracísimos, sus ganaderías las mejores; pero ellos

(1) Polo, de la amortizacion eclesiástica.

no consumen las rentas, ni disfrutan las propiedades que poseen. Su alimento es sencillo, sus necesidades pocas, y empero de la superabundancia de sus bienes, apénas les bastan estos para dar pan á los pobres, y amparo á los habitantes de la comarca. Nunca para el verdaderamente necesitado estuvieron cerradas las puertas de los Monasterios: nunca en las malas estaciones dejaron de encontrar salario los jornaleros sin trabajo: nunca fueran mejor tratados sus labradores y colonos: nunca, nunca fueron los Monges á gastar sus rentas á extrañas tierras; porque los Monges, no tanto se consideraban como dueños absolutos de las propiedades que tenían, cuanto como unos fieles administradores que distribuían al país el producto de sus haciendas.

Esto hicieron los Monges, pero los Monges, ¡oh! ya no existen! un vértigo de locura, un momento de ceguedad les arrojó de sus asilos, centros de la virtud, del saber y del bien! el genio del mal les barrió como el huracan ó viento del Norte empuja y se lleva por delante cuantos objetos se le oponen en el camino. Pero los Monges volverán, ¡ah, sí, volverán! porque el punto de su apoyo no está en la tierra y sí en el Cielo, á donde no puede llegar el brazo del hombre por largo y extendido que sea. ¡Ah, sí, volverán bajo esta ú otra forma, ó la sociedad acaba de disolverse! Así lo han reconocido algunos Gobiernos de la Europa, siendo uno de ellos el nuestro, el que les ha dado ya carta de naturaleza. Yo les doy á los unos la bienvenida, y al Gobierno de S. M. el más sincero parabien al verle entrar tan de buena fé en el camino de la verdadera civilizacion y del verdadero progreso: no del revolucionario que agita y descompone la sociedad y que la hace avanzar mucho para luego retroceder más, sino del pacífico, sucesivo y racional. Pero volvamos otra vez al asunto.

Los Papas, los Obispos, los Monges, ó lo que es lo mismo, la Iglesia que los fecundiza, es la que ha hecho todo lo que acabais de oír, y aun mucho más que no habeis oído, porque ya comprendereis muy bien que yo no puedo tocar estas materias sino á grandes rasgos. Y si tal es la índole ó constitucion de la Iglesia; si se ha distinguido siempre por los beneficios que ha dispensado á los hombres; si no ha habido suceso notablemente benéfico en que no haya tomado parte; nada

estraño, pues, que se asocie hoy á nuestra general alegría al ver terminada una obra que tanto interesaba á sus hijos: nada extraño que la autorice y sancione con su presencia, ni que levante con nosotros sus manos al Cielo para bendecir de consuno á Aquel de donde procede todo originariamente; para cantarle himnos de gracia y honor en el átrio de su Santo Templo, (1) y para decirle en fin, con toda la efusion de nuestra alma: *Te Deum laudamus*.

III.

Pero ¿qué obra es esa, me direis, que ha merecido llamar la atención de la Iglesia? ¿Tan grande y trascendental és? Sí, católicos: lo es con efecto, si no en absoluto, lo es en sus relaciones con nosotros mismos. Continuada vuestra benévola atención, os lo ruego, porque nos hallamos ya en todo el lleno de la materia.

¡Los Terreros! Los Terreros! esto es, la completa desecación ó saneamiento de las mortíferas lagunas de este nombre, que se hallaban situadas en la zona oriental de esta Ciudad. No es la primera vez que se ha emprendido esta obra. Nuestros mayores, al ver, como nosotros, las víctimas que les hacía en los años de copiosas lluvias, intentaron cegarlas á principios del siglo en que vivimos; pero nada ó poco pudieron hacer, apesar, de los recursos que les envió nuestro Prelado de entónces el Emmo. Sr. Cardenal Lorenzana. Era superior á sus fuerzas, y Los Terreros, á la manera de un formidable dragon, continuaron siempre con la boca abierta, inficionando á los infelices habitantes de esta Ciudad con su álito pestilente. Algunos años despues, bastantes, en el de 1865, sino me es infiel la memoria, tres dignos empleados del Gobierno de la provincia, asociados de otras dos ó tres personas más, igualmente dignas, concibieron la misma idea, la que desarrollaron con toda la fuerza de una voluntad que no reconoce otros límites que los del imposible. ¡Ah Señores! aun recuerdo conmovido, no es fácil que lo olvide, aquellos dias en que llenos de abnegación y cons-

(1) Salm. 28, v. 2.

tancia, se les vió recorrer de casa en casa las calles de la Ciudad, impetrando recursos con el fin de acabar de una vez para siempre con aquellos malhadados pantanos; y en verdad que no la recorrieron en vano, porque luego, á los pocos días, lograron reunir una respetable suma, que pusieron con la mayor religiosidad en manos de nuestro ilustre Municipio. Aceptada por este, se procedió en seguida al nombramiento de una Junta, la que, toda llena de entusiasmo, dió principio á la desecacion de la laguna pequeña, que era quizás la más nociva. ¡Almas buenas y generosas las unas y las otras! yo os saludo agradecido desde este lugar: recibid de vuestro compañero de entónces, pero ¡ah! no; yo no hice más que seguiros de lejos, muy de lejos: el mérito y honor de aquella grande obra fué vuestra esclusivamente. Recibid del Cura de Santiago, por sí y en nombre de todos sus feligreses, las más expresivas gracias. El Ayuntamiento y la Junta nada más hicieron entónces, porque nada más pudieron hacer: y el Terrero grande, la formidable boa, aun siguió ejerciendo sobre la Ciudad su pernicioso influencia.

La gloria de esta empresa estaba reservada á otra persona: oid, oid.

Quando el Señor pasó el cetro de Israel de la tribu de Benjamin á la de Judá, mandó al efecto al Profeta Samuel que fuese á Belen, y ungiese por Rey á un hijo de Isaí, que le mostraria. Presentóle este sucesivamente á sus hijos Eliad, Abinadad, Sama..... hasta siete, pero á ninguno de ellos ungió el Profeta: no eran los designados; pero al llamar y ver al más pequeñito de todos ellos, que era rubio, hermoso y de amable presencia, (son palabras de la Escritura,) el pastorcito David, el Señor le dijo á Samuel: «Levántate y ungele á ese, porque ese es el designado»: y le ungió Samuel, y David fué Rey de Israel, y David hizo cosas admirables, iniciándolas con la victoria y muerte del gigante Goliat, que era el oprobio del pueblo escogido: y las hizo, porque habia sido el designado por el Señor, y el ungido por su Profeta. (1)

Algo de lo que acabais de oír que se nos refiere en el primer libro de los Reyes, ha sucedido en esta ocasion. Ello es cierto, que ántes de ahora se ha intentado por muchos la destruccion de aquellos inmundos

(1) 1. Reg. Cap. 16.

lugares, que eran para nuestra Ciudad lo que Goliath para Israel, nuestro oprobio y vergüenza: pero en vano todo; porque ninguno de ellos, aunque animados todos de los mejores deseos, lo han conseguido: no eran los elegidos. Otro lo fué, y ese otro.... ¡ah Señores! tropiezo otra vez con el escollo de ántes: está presente, y mi lengua no se atreve á pronunciar su nombre. Temo incurrir en el torpe vicio de la lisonja, al que, bien sabe Dios, no soy aficionado. Temo caer en ese torpe, vil y mañero vicio, que, si nunca es bueno, ¡desde este lugar..! ¡desde este lugar...! pero, afuera van los temores; que se desate y diga desde este lugar, ¡desde este lugar! Sé bien lo que me digo: no le profanaré, como no se profana nunca diciendo la verdad; y la verdad es que el designado, el elegido para la realizacion de aquella grande obra, la de la de la desecacion de los Terreros, la completa desecacion y saneamiento de aquellas pestilentes charcas, de aquellas nuevas lagunas pontinas, de aquel manantial perenne de infeccion que tantas víctimas nos ha hecho, ha sido el *Excmo. Sr. D. Agustin Salido y Estrada*, nuestro muy digno Gobernador. El es el que ha tenido la gloria de triunfar de aquella especie de gigante que nos tenia en continua alarma; y al triunfar, el que nos ha dado la calma y la salud de que carecíamos: por haber sido el designado por el Señor.

Pero ¿cómo? vosotros lo sabeis tambien como yo. Inaugurando las obras en nombre de S. M. el 26 de Enero del presente año, tres ó cuatro dias despues de haber hecho otro tanto con las de nuestras Casas Consistoriales, hoy hace precisamente seis meses: interesando con la eficacia de su palabra á nuestra ilustre Municipalidad, para que las tomara bajo la egida de su proteccion, la que no solo aceptó gustosa desde luego, sino que ademas se ha desprendido de cuantiosas sumas para aquel objeto, nunca mejor empleadas: influyendo con el representante principal de la distinguida Compañía del ferro-carril de esta Ciudad á Badajoz, quien generosa y generoso nos ha facilitado todo el personal y material necesario para sentar una via por donde se han conducido las tierras indispensables á la desecacion: recomendando al Gobierno de S. M. y á todos los altos personajes y ricos hombres que encontraba al paso, su obra predilecta, para que le auxiliaran, si lo tenían á bien, en ella,

como así ha sucedido: visitando las obras y animando á los trabajadores casi todos los dias, y no dando, en fin, tregua ni descanso á sus piés, sosiego á sus párpados, ni aun quietud á su fogosa imaginacion hasta verlas realizadas. Y porque en todo esto yo veo una cosa grande, muy grande, extraordinariamente grande: por eso levanto y levantaré sin cesar mis manos al Cielo para decir á Aquel de donde nace todo lo grande, noble y bueno: «Bendito seais, Señor, por vuestras santas inspiraciones, y bienaventurado tambien el hombre generoso que ha sabido corresponder á ellas de una manera tan digna.» *Benedicam Dominum in omni témpore: etc. Beatus vir qui intelligit super egenam et pauperem, etc.*

IV.

Pero, católicos, ¿Habeis considerado bien la grandeza del beneficio recibido? ¿Habeis graduado sus quilates? ¿Sabeis hasta donde ha llegado ó pueden llegar sus efectos? Escuchad.

¡Qué triste situacion la de una pobre carabana que se estravia en medio de una noche oscura y tempestuosa en los inmensos arenales del desierto! Lo ignorado del sitio, el horror de las tinieblas, la tempestad que comienza, el trueno que estalla, el rayo que se cruza, los torrentes que se precipitan, las fieras que rugen.... ¡crece la tempestad! ¡y la atribulada carabana advierte que las fuerzas faltan, los recursos se agotan, los compañeros disminuyen, y que ahora uno, y luego otro, van desapareciendo sucesivamente de su lado! ¡Cuadro desolador!! Pero ¿qué cambio de escena tan feliz la de aquella carabana, cuando en el momento que se creia perdida, descubre allá en lontananza por entre los celages de la aurora que se levanta, del sol que sale y de las tinieblas que se disipan, las torres ó minaretes de la pátria querida, de la que se creia muy léjos, tal vez separada para siempre. Pues no de otra manera, me parece, que hemos estado los infelices habitantes de esta Ciudad, pero aun más especialmente los de este mi barrio de Santiago, durante los catorce ó más años que venimos sufriendo ahora últimamente las influencias perniciosas de aquellas infectas lagunas. ¡Qué no-

che aquella tan larga!.. ¡qué tempestad aquella tan desecha!.. ¡qué situación aquella tan aflictiva!.. ¡qué vida tan azarosa é incierta y qué penar aquel con el espectro de la muerte siempre por delante!.. ¡Y cómo los individuos de nuestras familias nos iban faltando poco á poco!.. ¡Y cómo nos encontrábamos á cada paso con el luto ya del padre ó de la madre queridos; ya del esposo ó la esposa fieles; ya del amigo leal!.. ¡Y cómo discurrían del uno al otro lado sin brújula ya, luz ni guía, los abandonados huérfanos!.. ¡Y cómo la estadística de los muertos superaba á la de los nacidos!.. ¡Y cómo los supervivientes arrastraban una vida enfermiza que los empujaba sin cesar hácia el sepulcro!.. ¡Y cómo los extraños y forasteros huían de nosotros como de un pais infestado!.. Y así era en verdad. Lo hemos visto, lo hemos tocado, ¡ay! y lo hemos sufrido muchos. *Labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.* ¿Pero qué alegría así tambien cuando nosotros, los que hemos caminado en esa caravana de muerte; los que hemos presenciado todo lo que acabais de oír, y aun mucho más que entrego al silencio, por no desgarrar vuestro corazón en este dia; cuando despues de tantos sustos y temores, de tantos peligros y afanes, de tanta ansiedad incertidumbre, y cuando ya teníamos perdida toda esperanza de socorro; descubrimos de la misma manera que la caravana del desierto, por entre los celajes de la nueva aurora que se levanta, del sol que sale y de las tinieblas que se disipan, no ya en lontananza, sino muy de cerca, las torres de la amada patria. Quiero decir, Señores, el término de nuestros males, el lugar de refugio y de salud, y el puerto, en fin, de salvacion á donde arribamos, en donde entramos ya despues de la pasada tormenta. Qué ¿lo dudais? pues recorred las calles de este mi pobre barrio de Santiago, y vereis como allí en donde otros años se contaban por este tiempo quinientos y más enfermos, con dificultad encontrareis hoy una docena de dolientes. ¡Qué corazón, por duro que sea, no se conmueve á la vista de este cuadro! yo no sé lo que pasará en el vuestro; pero lo que sé decir del mio es, que no respira en esta ocasion sino entusiasmo, bendicion y hacimiento de gracias en obsequio de Aquel, Dios, y despues de Dios, de todos aquellos que nos han favorecido en nuestra gran cuita; y esto hasta el punto de que mi lengua ni puede, ni

sabe, ni acierte á decir hoy otra cosa que: *Te Deum laudamus.* — *Benedicam Dominum in omni tempore,* etc. *Beatur vir,* etc.

V.

Pero, católicos, diré aun otra vez. Por ventura, ¿habéis considerado bien la grandeza del beneficio recibido, graduado sus quilates y calculado sus efectos? Permitidme todavía unos cuantos momentos más de atencion, en gracia siquiera del grande objeto que lo motiva.

La vida, la salud, el tiempo, ¡qué dones tan grandes! son los mayores de los temporales: con ningunos otros se pueden comparar. En verdad que fué grande el beneficio de la Creacion, el de la Redencion, el de la institucion de Sacramentos; pero sin la vida, sin el tiempo, ¿de qué nos hubieran servido? ¿Qué es la vida, qué es el tiempo, sino el precio de la eternidad? Sin la vida, sin el tiempo, ¿cómo se podria adquirir aquel tesoro? Con el tiempo se hace penitencia; con el tiempo se borran los pecados; con el tiempo se satisface á Dios; con el tiempo se compra la eterna bienaventuranza. La vida, la salud, el tiempo, ¡qué bienes tan grandes!

Ni han sido otros los que hemos disfrutado todos los presentes en los años de calamidades que han sobrevenido. Los de la vida, el tiempo, y aun la salud que negó á muchos. ¡Qué más hicimos nosotros que tantos como murieron! ¿Por qué pasaron los unos á pié enjuto el Mar Rojo y los otros quedaron sumergidos en las aguas? ¿Por qué aquellos murieron y nosotros vivimos? ¿Por qué aquellos en el sepulcro y nosotros en la Ciudad? Y ¿por qué tal vez algunos de los que finaron llegaron al término sin fin de su desgracia, y nosotros nos hallamos aun en via de salvacion? ¿Por qué desplegó el Señor contra aquellos todo el rigor de su justicia, y á nosotros nos ha tratado con toda la extension de su misericordia? ¡Ah! Señores! lo acabais de oir: por la misericordia infinita de nuestro buen Dios, porque solo Él es el que como árbitro y Señor de todo, abate ó ensalza las criaturas, las dá ó quita la vida, la salud ó la enfermedad. Y porque en todo esto los presentes no vemos sino la mano benéfica de nuestro buen Dios, que en

lugar de haberse grabado fuerte sobre nuestras personas, nos ha tratado con la mayor blandura; por eso no nos cansaremos nunca de manifestarle, á fuer de agradecidos, nuestra correspondencia, ni de saludarle una y cien veces con aquellos tan hermosos cánticos de la Iglesia. *Te Deum laudamus: Benedicam Dominum in omni tempore: Cantemus Dominum cánticum novum* (1) etc. En verdad, Señor, que por tus misericordias no hemos sido consumidos. (2)

Ciudad-Real !Ah! Ciudad-Real, Ciudad-Real! de origen preclaro, ilustre en la historia, patria de insignes varones, y favorecida en otros tiempos con la muy alta prerogativa de *Voto en Córtes*: ¡há ya más de trescientos años que vienes decayendo de una manera lastimosa! Muchas son las concausas que han determinado tu postracion, y ya casi inevitable ruina; pero entre todas ninguna mayor, en mi concepto, que la de ese lago ponzoñoso que inficionaba tu existencia. ¡Desventurada Ciudad! tus dias estaban contados; pesaba sobre tí un decreto de muerte; ¡no podías vivir! desventurada Ciudad! Pero ¡ah! no: levántate, levántate, Ciudad Real, pueblo querido, y arroja ya lejos de tí el sudario en que hasta ahora has estado envuelta; porque hé aquí ya llegado el dia en que al mirarte propicio el de lo Alto ha cambiado en un decreto de vida el que lo era antes de muerte. Dios lo quiere; vivirás y vivirás luengos siglos:.... Como que se descubre ya por entre la oscuridad de los venideros tu más alhagüeño porvenir, y que llegarás á ser dentro de poco la ciudad sin rival sobre todas las de la comarea, y que han de afluir á tus muros nuevas gentes, que atraidas por la situacion que ocupas, sanidad del clima, feracidad del suelo, y honradez de sus moradores, fijarán aqui su domicilio; y que enlazadas las unas con las otras familias, aumentarán tu riqueza é importancia; porque ya no más amagará tu existencia ese lago de muerte que fué, y ya no es. Ciudad-Real ¡ah Ciudad-Real, Ciudad-Real! Vive; vive.... Dios lo quiere; vivirás; estás de enhorabuena; levántate; pónete los vestidos de gala y alegría, y dá gracias al Señor. Dios lo quiere.

Sí, mis amados; procede la accion de gracias grande y solemne,

(1) Salm. 95, v. 1.

(2) Tren. 22.

VI.

como grande y solemne es el beneficio. La gratitud, ¡cuán buena es! La gratitud es la hija predilecta de la humildad; y la humildad es, supuesta la fé, el fundamento de las demás virtudes cristianas. La gratitud es emanacion de la suma esencia divina que no puede ménos de querer el órden en todas las cosas, y órden es la gratitud. La gratitud es la expresion ó manifestacion de lo que la criatura debe al Criador, de quien todo lo ha recibido, y á quien por todo debe darle gracias. La gratitud es la piedra de toque en donde se prueban los grados de bondad ó malicia del que ha recibido el beneficio. La gratitud es por excelencia la virtud de todos los Santos; todos fueron agradecidos: y no solo de todos los Santos y de todos los seres verdaderamente racionales, sino que es de tal generalidad que se encuentra hasta en la mayor parte de los irracionales. ¡Cuán buena y grande es la gratitud!

Por el contrario, la ingratitud es el peor y más abominable de todos los vicios. S. Pablo lo dijo: *ingrati scelesti erunt.* (1) La ingratitud es la negacion del órden moral que el Señor ha establecido é intimado al hombre por medio de la razon y la fé. El ingrato no solo se enemista con Dios, cuyas leyes viola, con los demás hombres á quienes ofende, sino que además se hace enemigo de sí mismo. Nadie se niega á tomar parte en el odio contra un ingrato. La ingratitud es un vicio tan eminentemente antisocial, que si prevaleciera en el mundo, solo él seria capaz de acabar con el género humano. La ingratitud es una deformidad tan repugnante, que hasta las mismas fieras le abominan y castigan. El ingrato es una especie de monstruo que ni aun merece ser animal.

Pero gracias sean dadas al Dios magnífico y providente, que, si hay ingratos en el mundo, tambien hay hombres agradecidos. ¿Qué dicen sinó estas luces, este elegante aparato de nuestra Iglesia, esta solemnísimas festividad? Dice y publica muchas cosas; pero lo que especialmente dice y publica es, que aun hay por las misericordias del Señor fé en

(1) 2 Timot. 3, 2.

Israel: que aun hay almas cristianas, nobles y agradecidas; que aun hay fieles que se acuerden de los beneficios recibidos; y porque aun hay fé en Israel etc., por eso llegamos hoy todos los habitantes de Ciudad-Real, que buenamente han podido penetrar en este Santo Templo; todos, pero aun más principalmente los de este mi barrio de Santiago, que ha sido el especialmente favorecido; todos, desde el más grande al pequeño, desde el hombre á la mujer, desde el anciano al niño, para decirle á Dios por última vez en este acto, postrados de rodillas todos, todos, os lo suplico, desde lo más íntimo de nuestro corazon: «Bendito seais, nuestro Dios, una y mil veces por la visita compasiva que nos habeis hecho, porque nos habeis oido en el dia amargo de nuestra situacion, y sacado del lago de miserias y del lodo cenagoso en que éramos sumidos.» (1) ¡Ah! estábamos tristes y nos habeis consolado; débiles y nos habeis fortalecido; creíamos morir y nos habeis vuelto á la vida. ¡Ah! sin duda alguna que Vos sois nuestro Rey, nuestro Dios y nuestra salud. (2) ¡Ah! bendito seais una y mil veces desde el dia á la noche, y de la noche al dia; un dia y otro dia, y una noche y otra noche, y un año y otro año, y bendito siempre. Sí, hijos míos, bendigamos á Dios y alabemos á Dios. *Te Deum laudamus. Benedicam Dominum in omni tempore: et semper laus ejus in ore meo.*

Y bienaventurados sean tambien todos y todas las personas y Corporaciones que nos han favorecido en nuestro gran infortunio. El Ilustre Ayuntamiento de esta Capital que nos ha proporcionado la mayor parte de los fondos, hasta el punto de haber dejado exhausta su Depositaria. ¡Dios se lo pague! La generosa Compañía del ferro-carril de Ciudad-Real á Badajoz, sin la que quizá y sin quizá, hubiéramos fracasado en nuestro proyecto. El distinguido D. Ernesto Walter, nuestro conciudadano ya, que ha sido el alma de los trabajos. La prensa, los Ingenieros, los donatarios, los obreros, y como corona de todos los dichos, aquel eminente compatriocio nuestro de quien ya teneis noticia. *Et beatus vir qui intelligit super egenum et pauperem: in die malo liberabit eum Dominus.*

(1) Salm. 33.

(2) Salm. 43.

VII.

Católicos, voy á concluir. Perdonadme si he abusado de vuestra atencion mucho más tiempo del que naturalmente suelo invertir en mis discursos. Ya sabeis que no es dado á hombres pequeños como yo, decir mucho en pocas palabras; y yo tenia que deciros mucho: concluyamos. La plaga de las calenturas intermitentes pasó ya; más empero de esto, no creais que han pasado ni pasarán nunca las demás enfermedades que afligen al género humano. En vano lo pretenderíamos, no puede ser; y no lo es por ser una condicion precisa de nuestra humana miseria la de padecer y sufrir; pero desaparecerán sin duda alguna las calenturas intermitentes palúdicas que nos han diezclado. Y esto por una razon muy sencilla que se halla al alcance de todos; *sublata causa tollitur effectus*. Porque quitada la causa cesan los efectos. Las perniciosas lagunas que inficionaban á nuestros habitantes, ya no existen; luego cesará la intoxicacion. Esto es una verdad de sentido comun, que solo la más crasa ignorancia podrá desconocer. Pasó la plaga: pasó el tiempo de la justicia temporal visible; pero el de la eterna é invisible aun se esconde en el porvenir. Despues del tiempo, de la justicia temporal visible, ha venido el de la misericordia: para que hiciéramos penitencia: para eso la vida, la salud y el tiempo; el tiempo que vale más que el oro, pues que es el precio de la eternidad. Guárdate, pues, ¡oh cristiano! de oponerte á los designios del Señor, porque no es benéfico quedar con vida cuando la vida no se emplea en enmienda de la vida. Guárdate de que la misericordia de entónces, no se convierta en justicia sin fin. Guárdate de provocar de nuevo las iras divinas, porque así como hay justicias que son misericordia, así hay misericordias que serán justicia.

Ante todo, seamos justos y agradecidos, á Dios y á los hombres. No perdamos nunca de vista lo que significa este dia; grabémosle con caracteres indelebles sobre el fondo de nuestro corazon. Hagamos de él un culto memorable, (como así tengo entendido que lo ha acordado ya nuestro muy ilustre Ayuntamiento.) Dios se lo pague otra vez: hagámosle memorable con un culto sempiterno, para que en el dia de mañana cuando nuestros hijos y nietos nos pregunten ¿qué rito es este? les

podamos contestar como los descendientes de Jacob en Egipto: «Es el de la víctima del paso del Señor, *Phases*, cuando pasó sobre las casas de Israel en Egipto, que hirió de muerte á las que no estaban marcadas con la sangre del cordero, dejadnos salvas las nuestras.» (1)

Y vos, Señor, Dios grande, Dios bueno y Dios benéfico, permitid que el más indigno de vuestros ministros, de torpe entendimiento sí, pero de muy ardiente corazón, termine hoy este discurso con la misma frase que le ha empezado. Las mortíferas lagunas tituladas Los Terremos que inficionaban á esta Ciudad, ya no existen. *Te Deum laudamus.*

O. S. S. R. E.

(1) Exodo 12, v. 14, 26, 27.





